

de Esparta, reducida á su papel de jefe de la liga del Peloponeso, lo hicieron inevitable. Cuantas veces Athenas quiso extender por tierra su poder, se encontró á Esparta. Una imprudencia, el auxilio prestado por Athenas á Korkyra, sublevada contra Korinto, su metrópoli, determinó la lucha que se llama *Guerra del Peloponeso* entre los años 431 y 404, a. E. V.—La guerra declarada por la Asamblea de la liga del Peloponeso y aconsejada por la pytia delfica, comenzó con una serie de invasiones en el Atika. Perikles que había aconsejado la guerra, lo había dicho ya. “No gimáis sobre la devastación de vuestros campos; pensad en los hombres; deberíais devastarlos vosotros mismos y mostrar á los lacedemonios que nunca consentiríais en obedecerlos á tan poca costa.” La población entera se encerró en los muros de Athenas, acampando al aire libre con los frutos de sus campos, sus ganados, etc. Una epidemia que reinaba en Egipto hacía tiempo, se comunicó á la ciudad por su frecuentadísimo puerto, y aquellas multitudes empezaron á perecer y el terror se apoderó de todos los ánimos. La Asamblea se encrespó airada contra Perikles, á quien reprochaba la guerra y la desventura pública. “Yo no he cambiado, sino vosotros que erais de mi opinión en la prosperidad, y me desmentís en la adversidad” contestaba aquel orador de mármol. Fué destituido, sin embargo, y cuando algún tiempo después el pueblo le devolvió el mando, ya el hombre estaba vencido; sus amigos, sus hijos habían muerto; la peste lo mató en medio del duelo universal (429). “Por mí no ha vestido luto ningún ateniense,” fueron las últimas palabras del gran repúblico.

Los demagogos de segundo y tercer orden le sucedieron; por su violencia en los discursos y el desenfreno de sus opiniones se hizo notable Kleon, á quien Aristófanes cubrió en sus comedias de un ridículo inmortal; era injusto el poeta, Kleon era un patriota; si aumentó los honorarios de los jueces populares, si pidió la ejecución en masa de una isla rebelde, si se opuso á la paz, cuando se trató de invadir el territorio de Lakonia él mismo, en compañía del navarca Demóstenes, infligió á los espartanos la humillación de Sfacteria, isla en que hizo rendir las armas á un grupo de soldados de Esparta, cosa inaudita; y luego, cuando Brásidas, el más notable de los generales lacedemonios en estos años primeros de la lucha, atacó en Tracia las clerukias ó colonias militares de los atenienses, Kleon fué en persona á contenerlo y en Anfipolis fué vencido, pero perdió la vida; también murió el vencedor.—Muertos Kleon y Brásidas, el partido de la paz triunfó en Athe-

nas; al frente de este partido, formado de los aristócratas, estaba el honrado é irresoluto Nikias.—Un antiguo pupilo de Perikles y discípulo del ya entonces famoso filósofo Sókrates, causaba la admiración del pueblo ateniense, por su belleza, su prodigalidad, su elocuencia y por la inquietud que causaba á los buenos ciudadanos su ambición ilimitada, su desprecio hacia los númenes patrios y sus dotes singulares de seductor de pueblos; se llamaba Alkibiades. Aconsejaba á los atenienses el abandono de la tímida política de Perikles y las grandes expediciones y las conquistas opulentas.

La isla de Sicilia era ya renombrada por su riqueza. Los indígenas, iberos y ligures ó sikels, habíanse concentrado en las pendientes del Etna, que forma el vértice de aquella inmensa pirámide insular, y cedido buena parte de las costas á los helenos que habían fundado ciudades de gran importancia como Sirakusa, Akragas, Gela, etc.; unas de origen dórico, iónico las otras. Los tirrenos ó etruscos habían luchado allí con los helenos, y los cartagineses también; Sicilia era preciosa para dominar el comercio entre las dos cuencas del Mediterráneo. Los fenicios de Kartago, aliados de Jerjes, atacaron á los helenos en el primer año de las guerras médicas y fueron vencidos en Himera; el gran lirico heleno pudo en un canto triunfal asociar los nombres de Himera y Salamina (Píndaro, 1.^a Pytica). El vasto reino siciliano que Hierón, el hijo del vencedor de los cartagineses, quiso establecer, no le sobrevivió; las ciudades recobraron su independencia y continuaron sus terribles discordias interiores y exteriores; casi todas fueron declinando en tiranías. Una de esas ciudades pidió á los atenienses auxilio contra Sirakusa; á pesar de la oposición de Nikias, el partido popular y Alkibiades, hicieron decretar la expedición, en que se reunió lo mejor de la flota y de los soldados de Athenas y que se despidió, en medio del alborozo general, del Pireo. Alkibiades y Nikias la mandaban; pero apenas tocaban las playas de Sicilia, el primero fué llamado á Athenas para responder de una acusación de impiedad (la mutilación de los *hermes* sagrados puestos en el mercado desde tiempo inmemorial). Alkibiades, temiendo el poder de las sociedades secretas [*heterias*] formadas por los oligarcas, que habían minado el ánimo del pueblo, huyó á Esparta y aconsejó la alianza con Sirakusa. Los espartanos mandaron efectivamente su flota y un buen general á Sicilia y los atenienses de derrota en derrota perdieron flota, ejército y generales, que fueron capturados y degollados (Demóstenes y Nikias, 413). La

noticia del desastre causó espanto en Atenas; pero el pueblo hizo un esfuerzo supremo para defender su imperio marítimo, que ya Esparta se atrevía á disputarle en el Egeo. Los sátrapas persas espiaban en Asia Menor y procuraban que los contendientes se agotasen mutuamente. Tras una revolución oligárquica, organizada por las heterias en Atenas, viene una reacción democrática acaudillada por el ejército ateniense que estaba en Samos y esta reacción trae á Alkibiades en triunfo á su patria; el pueblo tornó á adorarlo, pero al primer desastre que sufrió la escuadra quiso de nuevo castigar al demagogo, que esta vez huyó para siempre. Aun lograron una victoria señalada en las Arginusas las flotas de Atenas; mas aquella democracia movible, impresionable, nerviosa y alucinada en la desgracia por visiones de sangre, ejecutó á sus generales vencedores por no haber recogido, para sepultarlos luego, los cadáveres de los atenienses caídos al mar.— Esparta halló entónces un general de primer orden para su flota, Lisandro, y un aliado importantísimo, Kiros el jóven, recién llegado al Asia Menor, enviado por su madre, la cruel y ambiciosa Parysatis, que quería para él una corona.— Los atenienses, sorprendidos y vencidos en el Helesponto (Egos-Potamos) perdieron su imperio marítimo, y sitiados por Esparta y sus aliados tuvieron al fin que rendir la ciudad á Lisandro; entregaron toda su flota, redujeron su territorio al Atika, se sometieron á los oligarkas traidores y Lisandros y sus aliados, coronados de flores y al son de las flautas, hicieron arrasar los muros de la ciudad santa (404). La civilización era la vencida.

¿Las doctrinas disolventes del culto de los Númenes y de la Patria habían causado la ruina de Atenas? Así lo creen algunos (v. Curtius). Las ideas necesitan larguísimo tiempo para tornarse en sentimientos y obrar profundamente en el ánimo del pueblo; Atenas á pesar de los sofistas no había perdido su piedad; Alkibiades, los vencedores de las Arginusas y Sócrates, demuestran lo contrario. Las democracias no son organismos destinados á la guerra; la prosperidad, el trabajo y la paz, son su atmósfera vital, por eso es de ellas el porvenir. Suelen ser admirables en las luchas de defensa, mas cuando éstas se prolongan en conquistas, el gran buen sentido popular pierde su orientación, se anestesia con la gloria ó se enloquece con los desastres y corre á la anarquía ó la tiranía. Esta fué la historia de Atenas.— Las consecuencias de la lucha fueron fatales; aún fué Atenas la antorcha de la civilización, pero ya no la alimentó el oxígeno de la li-

bertad y brilló menos.— Esparta, incapaz de dirigir el mundo helénico á sus destinos truncados en Egos-Potamos, tampoco pudo mantener su hegemonía por la fuerza. Las dos grandes rivales salieron de la lucha heridas de muerte.

4. La ruina de Atenas, trajo estas dos consecuencias inmediatas: el poder persa asoma de nuevo en el horizonte helénico y los helenos adoptan como profesión principal la guerra, y se ofrecen al mejor postor; así nació el *mercenarismo* que había de debilitar cada día más las ya mermadas fuerzas de Grecia. La primera manifestación de estos dos graves males, fué la expedición de Kyros el joven en 401, a. E. V.

Persia se encontraba en plena decadencia: Jerjes humillado y gastado por el placer, había sucumbido asesinado (465) y sus hijos se disputaron el trono en sangrientos combates. Artajerjes, el triunfador, tuvo el gusto de vencer, en el Egipto rebelado, las flotas atenienses; pero Kypre, en cuyos puertos abrigaba el gran rey sus flotas fenicias, fué ocupada por Atenas y Artajerjes sufrió la paz humillante de 449. Los imperios de Oriente son fuertes mientras conquistan; dejan de ser conquistadores y empieza para ellos la agonía. Contenido por todas partes por infranqueables límites, el imperio persa sólo podía ensancharse por el Mediterráneo; ahí se encontró un obstáculo mayor que las montañas y los desiertos: un puñado de hombres libres, los helenos. Encerrado en sí mismo, el imperio tendió á disolverse lentamente; rebeliones de sátrapas, intrigas de serrallo, esa es toda la historia persa desde entonces. Artajerjes murió en 425; Jerjes II murió asesinado, sus hermanos ilegítimos le sucedieron; Darios el Bastardo duró en el trono y el imperio encontró un modo de prolongar su vida: las divisiones de los griegos. Parysatis, su esposa, decidió desde el fondo del harem de la suerte de Grecia; envió al Asia Menor á su hijo favorito, Kyros, con orden de proteger á Esparta; Kyros y Lisandro se aliaron; el primero dió oro y por eso tuvo el segundo ocasión de vencer á Atenas. Cuando esto pasaba, Kyros de vuelta en Susa, intentaba asesinar á su hermano primogénito Artajerjes á la muerte de Dariós; Parysatis lo hizo perdonar y volver al Asia Menor, en donde aquél ambicioso y bravo jóven reunió un ejército de mercenarios y avanzó hacia el centro del imperio en son de revuelta. El pequeño ejército rebelde y el inmenso de Artajerjes, se encontraron á pocas leguas de Babilonia, en Kunaxa; Kyros murió combatiendo y de su ejército sólo quedó un grupo de diez mil helenos. Hallábanse estos desesperados y abatidos,

cuando un ateniense llamado Jenofonte, amigo de Kyros, los reanimó, los organizó y á través de mil penalidades los condujo á través del imperio, desde Kaldea hasta el Ponto Euxino y Bizancio; á este hecho memorable llamaron los griegos: la "Retirada de los diez mil" (401-399). Ella mostró la incoherencia y la debilidad profunda del vasto imperio persa.

5. Los lacedemonios, al perdonar á Athenas, que algunos quisieron arrasar, dejaron una guarnición en el Akrópolis, y, apoyado en ella, un gobierno compuesto de treinta individuos, aristócratas y devotos de Esparta. Las confiscaciones, la proscripción, la muerte fueron los medios de mando de aquella abominable tiranía, que afortunadamente se dividió bien pronto. Los patriotas desterrados, dirigidos por Trasybulos y Anitos y ayudados por los tebanos, lograron reapoderarse de Atenas y restaurar la democracia [403]. Trasybulos hizo decretar una amnistía absoluta; mas lo que no podía restaurarse era el viril patriotismo antiguo; el espíritu de sacrificio moría ya en el cuerpo político; la adversidad, la confusión de ideas, la fe vacilante en los númenes reblandecía el ánimo de los ciudadanos que se alejaban de la política paulatinamente y no tenían más norte que su bien individual. Una renovación moral era indispensable; Sókrates la intentó. Este personaje feo y desaliñado, había sido un excelente soldado, era un ciudadano irreprochable. Esto daba autoridad á su palabra finamente irónica, seria y jovial á la vez, y perfectamente adecuada á la investigación incesante del vínculo de solidaridad entre la acción y el conocimiento. Su ascendiente incomparable sobre la juventud de Athenas se explica además por la armonía perfecta entre su vida [que ha sido implacablemente calumniada] y su enseñanza moral. No era un asceta, amaba los placeres sociales; pero todo lo hacía converger hacia el perfeccionamiento moral. Enseñaba la existencia de una santa y universal providencia, y la religión moral é intelectual de Apolón le servía para subir del culto de los dioses, que recomendaba y practicaba, al de la personalidad divina. El oráculo del dios délfico siempre le fué propicio y la pytia lo designó como el más sabio de los hombres; Sókrates hizo de una máxima grabada en el templo de Delfos, el fundamento de su doctrina "Conócete á tí mismo." Para llegar á este fin se valía de un examen de conciencia que él mismo hacía en los demás por medio de diálogos sostenidos constantemente y en todas partes. Porque no era un sistema filosófico el que Sókrates enseñaba, sino que

buscaba una resurrección moral, inmediata, práctica, individual para que pudiese redundar en regeneración de la sociedad. Los sofistas que profesaban la completa inanidad de los sistemas políticos y filosóficos, y enseñaban á disertar con igual sutileza sobre cualquier tema, fueron sus enemigos y se propuso perseguirlos.

Como Sókrates no predicaba, ya lo dijimos, un dogma, sino una disciplina moral, tuvo discípulos que concibieron diversos sistemas, y como su enseñanza se elevaba á un ideal humano, los tuvo de diversos países, y como no creía en la infalibilidad de la democracia, aunque sí practicaba el culto á la ley, los tuvo en todos los partidos. Kricias, el jefe de los treinta tiranos, era uno de ellos, como lo había sido Alkibiades. Por esto lo odiaban los demócratas triunfantes en 403; y uno de los caudillos de la restauración, Anytos, y un poeta, Meletos, lo acusaron de "despreciar á los dioses y de corromper á la juventud" para no aparecer como violadores de la amnistía. Sókrates se defendió con un desdén soberano y fué condenado á beber la cicuta. Murió, rodeado de sus discípulos, enseñando el bien [399].—Afirma un autor que las palestras y los gimnasios se cerraron en señal de duelo; algo efectivamente había muerto para siempre en el espíritu de Athenas; nunca se levantaría ya hasta la religión de la libertad de conciencia.

5. Lisandros pudo creerse árbitro de los destinos de Grecia; en Europa y Asia marchaba como en una procesión triunfal; hubo pueblos que le levantaron altares y le ofrecieron sacrificios, y esos pueblos eran helenos ¡terrible signo del tiempo! Pero los éforos temieron la ambición de un hombre que á tanto poder había llegado y le privaron del mando. Lisandros hizo nombrar rey, poco después, al cojo Agesilas, hechura suya; pero su protegido sacudió la tutela del héroe de Egos-Potamos y se mostró tanto ó más hábil que él. Esparta hacía en Ionia, por entonces, el papel que antaño Athenas; por consiguiente debía luchar con los sátrapas persas; Agesilas emprendió una feliz campaña en Asia Menor, teniendo en su compañía á Jenofonte, el héroe de la flamante retirada de los diez mil. El peligro era inminente para el gran rey, pero sus emisarios, bien provistos de dáricas, recorrieron algunas ciudades griegas y Athenas, Korinto y Thebas formaron una liga contra Esparta. Lisandros murió combatiéndola y Agesilas con la rabia en el alma tuvo que abandonar su conquista en Asia y volvió al Peloponeso. La lucha se prolongó y entretanto los generales atenienses levantaban la cabeza; en el mar, Ko-

nón batía á los lacedemonios, y en tierra Ifikrates se hacía temible con sus tropas ligeras. Los espartanos solicitaron entónces el auxilio del gran rey y el embajador de la República, Antalkidas, estipuló en Susa el ominoso tratado que lleva su nombre [387, a. E. V.] Arbitro de los destinos helénicos, Artajerjes se adjudicaba la Ionia asiática y la isla de Kypre, que luchó por su independencia; todas las ciudades griegas recobraban su autonomía y así las que pertenecían á la liga contra Esparta, perdieron las que se habían anexado; en este caso estaban Argos y Thebas que reclamaron en vano. Esparta se encargó de la ejecución del tratado. ¡A tal extremo de humillación habían llevado las discordias á los nietos de los héroes de las Termópilas y Plateas!

7. Thebas, la eterna enemiga de Athenas, la aliada de los persas, centro de la comarca beocia, cuya población era famosa por su torpeza intelectual, empezaba á hacer en las luchas contra Esparta un papel bien importante. Los espartanos habían ocupado la Kadmeia [ciudadela de Thebas] y á su sombra se había establecido una tiranía. Muchos ciudadanos se habían refugiado en Athenas; el más importante de ellos era Pelópidas, hombre generoso, patriota admirable y guerrero denodado. Los expatriados conspiraban, secundados dentro de la misma Tebas por Epaminondas, una de las figuras más notables de la historia helénica por su génio militar y por su grandeza moral. Pelópidas y Epaminondas lograron libertar á su patria de sus tiranos y de la presencia de los lacedemonios y se prepararon á la lucha con Esparta [379]. Por lo pronto la emancipación de Thebas sólo aprovechó á Athenas, que logró gracias á sus generales Khabrias, Fokión, Timoleón, algunas victorias marítimas y rehacer en parte su imperio insular; pero al fin, celebrada la paz con Esparta, se volvió al tratado de Antalkidas, aunque privando á los espartanos del papel de ejecutores; Thebas no podía conformarse con una paz que le arrebatara su predominio en Beocia, dejando en libertad á las ciudades que había sometido y la guerra fué inevitable.—Epaminondas estaba listo; los espartanos no alteraban la composición de su falange de batalla desde las guerras mesenias; los tebanos inventaron un orden de batalla á propósito para desordenar las líneas espartanas, crearon el batallón sagrado compuesto de lo mejor de la juventud y reorganizaron la caballería. La batalla de Leuktra fué una señalada victoria de Thebas [371]; la aristocracia espartana perdió la flor de sus guerreros; al saberlo en Esparta continuaron las fiestas y to-

dos ocultaron su dolor y su sorpresa con maravillosa entereza. Epaminondas dominó la Beocia, formó una liga cuyo centro fué Delfos y bajó al Peloponeso que se encontraba en un estado de agitación profunda, gracias á la insurrección de la facción democrática en las ciudades que sacudían el yugo de Esparta. El gran tebanos no pudo apoderarse de Esparta á cuyos suburbios llegó, merced á la actitud del anciano Agesilas, pero desorganizó para siempre el poder laconio en la península, fundando á Megalópolis, capital de los Arkadios y á Mesenia al pie del monte Ithomo, á donde llamó á los descendientes de los implacables enemigos de Esparta.—Thebas, después de algunas campañas en Tesalia, cuyas tribus se habían reunido bajo el gobierno de los tiranos de Feres, envió á Pelópidas á Susa, en donde obtuvo las gracias del gran rey, y sus escuadras recorrieron triunfalmente el mar Egeo y la Propontide.—Los disturbios del Peloponeso y la alianza celebrada entre Esparta [á quien Dionisio de Sirakusa, había enviado un cuerpo de mercenarios galos] y los arkadios, exigieron la vuelta de Epaminondas que después que Pelópidas había muerto en un encuentro temerario con los tesalios, estaba en el apogeo del poder. El héroe tebanos logró penetrar hasta el Agora de Esparta, pero obligado á retirarse presentó una gran batalla en Mantinea; en medio de su victoria fué herido y murió [362]. Con él concluye la preponderancia de Thebas en Grecia.

La hegemonía de Thebas es el último momento de la lucha por la preponderancia entre las ciudades helénicas; todas quedan tan débiles que su circuito de acción se reduce casi á la comarca que las rodea y á algunos territorios coloniales como los de Athenas.—Nuevos poderes surgen: la lucha entre los cartagineses y los helenos en Sicilia, proporciona á algunos generales victoriosos la facilidad de convertirse en tiranos, como el tan célebre Dionisio de Sirakusa, de quien tantas anécdotas inverosímiles contaban los griegos; esta tiranía acabó por un gobierno justo y democrático, el de Timoleón; pero después de la muerte de este un nuevo tirano, Agatokles entra en escena.—Los tesalios no lograban formar un reino completo capaz de sojuzgar la Grecia, pero al N. de Tesalia, sí se formaba este reino en Makedonia.

Las formas admirables del pensamiento y del arte de los días de libertad y de grandeza se extinguían. La poesía dramática había tenido su vástago postrero en Eurípides, mucho más conmovedor para nosotros por estar más cerca de la

realidad humana, pero rebajador sistemático de la serenidad augusta de la tragedia de Eskylo y de Sófokles. La comedia política se había convertido en una crítica fría de vicios sociales. En todo lo demás reinaba la medianía y la imitación.

La prosa, en cambio, tocaba á su apogeo: en la historia pasaba de Herodoto, ingenioso y concienzudo coordinador de datos á veces falsos, narrador pintoresco como ninguno y descriptor verídico y delicioso, á Thukydidés, el gran cronista de "la guerra del Peloponeso;" su estilo es dórico, digámoslo así, á fuerza de austeridad y de majestad, su espíritu es distinto del que animó al padre de la historia; Tukydidés explica los hechos, investiga sus causas, muestra la importancia de las instituciones, es un pensador; Jenofonte que ha contado el fin de la guerra del Peloponeso y la retirada de los diez mil, en que tamaño papel hizo, y compuso obras de filosofía política y social, llevó la prosa á la perfección por su fluidez, su claridad, su sobriedad; el dialecto ático llega á ser el verdadero idioma culto de la Grecia.

Pero quien hace de la prosa griega un instrumento admirable para expresar lo más profundo y lo más elevado que en el espíritu puede hallarse es Platón, discípulo de Sócrates, como Jenofonte, como este enamorado de las rígidas instituciones espartanas, pero mejor ciudadano que el soldado de Kyros y Agesilas, que el panegirista de la monarquía.

Platón convirtió á la doctrina sokrática en una metafísica, en una ciencia de lo supra-sensible. Su sistema tiene la armonía divina de un templo de mármol; hélo aquí en escencia: "nada visible satisface la necesidad de verdad y de bien que existe en el alma; esta necesidad prueba que en ella existen desde antes de su aparición terrestre, impresiones ó ideas de un mundo superior: de aquí viene el amor á la perfección y á lo divino. Pero este amor debe disciplinarse y de aquí la importancia de la dialéctica; así puede elevarse el alma de lo material á lo espiritual, de lo aparente, que es la materia y la forma, á lo real aunque invisible; esa realidad es la de los *arquetipos* ó ideas que viven en una esfera suprasensible y cuya razón fundamental se llama Dios. El mundo material no existe por sí mismo, sino por el alma del mundo; lo mismo el cuerpo humano, cuyo espíritu no recobra su estado natural, sino en la existencia corporal. Siendo lo corporal un defecto, la vida debe consagrarse á una purificación perpetua, hasta realizar en la tierra la virtud que es la libertad y la felicidad." Esta doctrina desarrollada en forma de diálogos, atribuidos por Platón á su maestro, ha tenido inmensas consecuencias en la historia del pensamiento humano.

La elocuencia era una parte natural de las instituciones democráticas; los sofistas la enseñaron como un arte; Isócrates tuvo una escuela de elocuencia y retórica; pero el gran orador del siglo IV, antes de Demóstenes, fué Lisias, gran repúblico y moralista eminente, discípulo de los oradores sicilianos. Otros muchos historiadores (como Ktesias el fundador de la historia de Oriente) filósofos y oradores, ya judiciales, ya políticos hubo; sería inoportuno mencionarlos en este resumen.

El arte había progresado; pero en lugar de la calma sublime que lo distinguía en la época de Perikles, se mostraba más inestable, más variado; en el arte también influían la retórica y la sofística. A los dos antiguos órdenes, el helénico puro ó dórico y el iónico, menos severo y más gracioso, se añade otro, el corintio, caracterizado por un capitel de hojas de acanto, y en un templo de Tegea, se combinan por primera vez los tres en admirable conjunto. En aquellos templos pintados con colores vivos ó tenues, para mitigar el brillo del sol sobre el mármol ó hacer resaltar los relieves, la escultura se hacía cada vez más dramática, más humana y expresiva. Skopas y otros, verdaderos peregrinos del arte que iban construyendo edificios ricamente ornamentos por las ciudades helénicas, eran arquitectos y escultores; Skopas sabía dar alma al mármol; Praxiteles la imprimía una gracia sensual y una sensibilidad exquisitas; algunos fragmentos, algunas copias antiguas revelan aún el genio de estos hombres y de sus discípulos. ¿La divina "Vénus de Milo," la más bella imagen de mujer que un artista haya soñado, pertenece á esa época? Y así vivían los helenos entre un pueblo de dioses y héroes de mármol y bronce que seguían sus pasos, rodeados de templos y sepuleros que realizaban todas las combinaciones de la belleza plástica, reuniéndose en lugares decorados por pintores que reproducían admirablemente la naturaleza y de cuya obra se puede juzgar por los innumerables vasos pintados que la copiaban con incomparable gracia; y la música, que se había complicado tanto al separarse de la poesía, marcaba el ritmo de marcha á través de los siglos de aquella sociedad que con los productos de su decadencia ha hecho modelos inmortales.

BIBLIOGRAFÍA.—Tukydidés, Jenofonte, Plutarco, Grote, Curtius, Duruy y demás obras citadas; la Arch. gr. y la Sculpt. ant. en la *Bibliothèque de l'enseignement des beaux arts*.—Quantin.

FILIPPO Y ALEJANDRO.

(Segunda mitad del Siglo IV, a. E. V.)

1. Filippo rey de Makedonia.—2. Filippo conquistador de Grecia.—3. Alejandro en Grecia.—4. Alejandro en Oriente.—5. Alejandro y la civilización.—6. Los sucesores de Alejandro hasta la batalla de Ipsos.

1. [360] Los makedonios se creían helenos y sus dinastas se decían descendientes de Heraklés; los atenienses lo negaban. La raza que vivía en las montañas y valles profundos que se encuentran entre el Hemos [Balkán] la serranía del Pindo y Tesalia, era una mezcla de tracios, ilirios y helenos; era guerrera, robusta, sana; sus reyes mal obedidos, en lucha constante con los bravos jefes de aquellos *clans* in-

dómitos, no pudieron, aunque lo pretendieron siempre, tomar parte en los asuntos helénicos. Cuando Filipo heredó el trono, esta pretensión pudo realizarse. Filipo había hecho una parte de su educación en Tebas y había estudiado profundamente la táctica de Epaminondas. Cuando fué rey, su primer cuidado fué transformar su pueblo en un organismo coherente, disciplinado y armado; su reforma de la falange, que era la unidad táctica de los helenos, y que la convirtió en un admirable instrumento de ataque y resistencia, protegido por una caballería superior á cuanto los griegos habían conocido, fué en parte la realización de este designio.—La expulsión de los ilirios al otro lado del Pindo, segregó definitivamente de los bárbaros á Makedonia, que para crear y prosperar necesitaba dominar sus costas, orladas de ciudades en otro tiempo hijas ó protegidas de Athenas, y entonces, ó libres como Anfipolis, ó bajo la hegemonía de Olynto, situada en el Istmo de la triple península Kalkídica. Empezó Filipo por apoderarse de Anfipolis y de las minas de oro del Pangeo, en las costas de Trakia, burlando á los atenienses, y creándose un puerto y una fuente de recursos importantísima. En seguida penetró en Tesalia, donde luchaban varios dinastas entre sí.—En Grecia había entonces una *guerra sagrada*; los fokenses, para huir del pago de una multa á que la Anfiktionía los había condenado, se habían adueñado del templo de Delfos; los anfiktiones llamaron á los pueblos á la guerra contra los sacrílegos; acudieron los tebanos sobre todo; no fueron los atenienses y la guerra se prolongó gracias al tesoro de Apolón. Un ejército sacrílego detuvo á Filipo en Tesalia; éste logró al fin vencerlo y se presentó como vengador del dios de Delfos. Poco después quiso apoderarse de las Termópilas; los atenienses se lo impidieron [352].

2. Los atenienses acababan de sostener una larga y penosa lucha con sus antiguos confederados á quienes apoyaba el rey de Karia, Mausolo, el mismo á quien su viuda Artemisia dedicó el magnífico sepulcro ó *mausoleo*, maravilla del arte antiguo cuyos restos existen en el Museo Británico. Esta guerra llamada en las historias clásicas, *social*, [de socios ó confederados] costó á Athenas el imperio marítimo con tanta pena rehecho; desde entonces sólo pensaban los ciudadanos en la paz y en las dioniseas y las panateneas, las grandes fiestas públicas. Hasta los buenos generales como Fokión, convencidos de que la lucha era imposible, se oponían á toda guerra.—Aparece Demóstenes; se había hecho orador laboriosamente; había empezado por hablar ante los

tribunales, entonces principió á dirigirse al pueblo y su elocuencia que armonizaba maravillosamente la pasión y la reflexión, llegó á darle en la República un puesto semejante al de Perikles, á quien era inferior en serenidad y en dignidad natural y superior en el culto desinteresadísimo por la patria y en la manera absolutamente moral de comprender los deberes del ciudadano; el hombre verdaderamente justo, era para el gran orador, el verdadero patriota; el amor de Athenas y el amor del bien se identificaban para él. Nada más grande y más puro; nada más difícil de convertir en programa político. Demóstenes empezó por sacudir la torpeza de los atenienses con acerba ironía cuando Filipo amenazó á Olynto; Athenas la auxilió en vano; Olynto sucumbió y sus habitantes fueron vendidos como esclavos. Filipo era ya superior á los atenienses en el Egeo; el partido de la paz triunfó y apenas ajustada, Filipo se apodera de las Termópilas, da fin á la guerra sagrada y la Anfiktionía condena á muerte á la Fókide que fué convertida en un yermo y da al rey de Makedonia el lugar preferente en el consejo anfiktiónico; esta era casi la hegemonía. Esparta altiva y sola, cuando Filipo le envió este mensaje: "si entro en el Peloponeso, destruiré á Esparta" había contestado "Sí."

Todo se rendía al vengador de la religión ultrajada; el viejo retórico Isócrates le escribía una carta invitándole á apaciguar las discordias helénicas y á dirigirlos á todos á la conquista de Persia. Este era el secreto deseo del makedonio, el Oriente, la eterna ambición de los conquistadores europeos, como el Mediterráneo era el eterno amor de los conquistadores asiáticos. Pero antes le era preciso sojuzgar la Grecia y á ello se preparaba; sus emisarios y su oro estaban en todas partes, él recorría la alta Grecia; en Tracia se encontró á los atenienses enviados por la infatigable energía de Demóstenes y sus planes fueron ahí desbaratados. En una de sus soberbias arengas que llamaba *filípicas*, el orador decía "Vuestros consejeros os dicen que es preciso optar entre la paz y la guerra; Filipo no os permite elegir..... Aun cuando todos los helenos se sometan al yugo, vuestro deber ¡oh! atenienses, es luchar por la libertad." El auxilio eficaz dado á las ciudades tracias, permitió á Demóstenes restablecer la confederación marítima; su gran empeño era reunir á todos los helenos y formar un partido nacional contra Filipo. Pero la traición velaba; el orador Esquines, vendido á Filipo, provoca una nueva guerra sagrada; los anfiktiones llaman al rey que penetra en Beocia. Demóstenes vió el peligro; los ins-

tantos eran supremos; á fuerza de elocuencia logra reunir en sus manos el gobierno de Thebas y Athenas, organiza el ejército aliado, lo sitúa en Koroneia y se pierde en las filas como un hoplita. Los helenos fueron totalmente vencidos, gracias, sobre todo, á las cargas de la caballería mandada por el joven Alejandro. Los griegos estaban aterrizados; Demóstenes se sobrepone á todo; pone á Athenas en estado de defensa y en las exequias solemnes de los muertos en Koroneia dice al pueblo: "No ciudadanos, no habéis faltado á vuestro deber; lo juro por las sombras de los que murieron en Marathón y en Salamina." Filipo propuso á Athenas la paz; redujo á Thebas á la impotencia y reunió en Korinto un consejo panhelénico, que declaró la guerra á los persas y nombró generalísimo al rey [337]. Grecia acepta la hegemonía, no de una ciudad, sino de un hombre; el principio monárquico triunfaba al fin. Poco después Filipo fué asesinado en medio de una pompa nupcial; lo que había muerto también era la libertad. Demóstenes tendrá ante la historia el mérito excelso de haber vuelto á un gran pueblo á la conciencia de sí mismo, aun cuando fuese para morir.

3. Alejandro, á quien Niebuhr acusa de parricidio, logró subir al trono á la muerte de su padre; tenía veinte años, pero se hizo obedecer rápidamente. La Grecia entera se estremecía; Athenas á la voz de Demóstenes alzaba la frente; Fokión decía: "El ejército que nos ha vencido en Koroneia, sólo tiene un hombre menos." ¡Si hubiera sabido que tenía de más á la mejor figura militar de la historia humana! Alejandro lo apaciguó todo con su sola presencia y regresó á Makedonia á reducir á las tribus levantiscas del Danubio. Derrepente corre en Grecia la noticia de su muerte y estalla la rebelión. Alejandro volvió, hizo decretar la muerte de Thebas (salvó la casa de Píndaro) renovó en Korinto la sumisión de Grecia y marchó al Asia Menor. El joven que echaba sobre sí la empresa formidable de conquistar el Oriente, unía todo el ímpetu del bárbaro á toda la cultura del griego; en bravura, en aptitud física nadie le superaba; en su corazón luchaba la ferocidad de Olympias, su madre, y el instinto helénico de Filipo; Aristóteles, su preceptor, le había sugerido muchas ideas, Homero una insaciable ambición de gloria; todo ello se fundía en un alma oscura, pero inmensa.

4. Artajerjes, el vencedor de Kyros, había vivido cerca de un siglo y aunque siempre débil en el interior el imperio, el emperador se ha-

bía visto reconocido como supremo soberano de los helenos por el tratado de Antálkidas; pero había sido impotente para reconquistar á Egipto á pesar de la ayuda de Ifikrates y hubo Faraon que intentase conquistar á Siria; es verdad que contaba con mercenarios griegos mandados por Khabrias y el viejo rey Agesilas. Artajerjes murió y su hijo el parricida Okhos subió al trono en 359, con el nombre de Artajerjes III. Cruel por naturaleza, sofocó en sangre la rebelión de Siria y en seguida invadió y ocupó Egipto; el alma de la invasión y la resistencia fueron los mercenarios griegos; el último Faraon de la última dinastía se refugió en Etiopia (345). Pero el imperio se disolvía; las provincias fronteras habían vuelto á la barbarie ó se habían sustraído á la obediencia; la administración interior era toda confusión; el eunuco Bagoas era el soberano verdadero y temiendo perder el favor de su amo lo envenenó y dió el trono á Arses, á quien sacrificó también; coronó entonces á un amigo suyo, Kodomanos, que se llamó Dario III; era el año en que Alejandro subía al trono de Makedonia (336). El congreso de Korinto había decretado la invasión del imperio Persa, para vengar la invasión de Jerjes; era un motivo arqueológico; la verdadera causa estaba en el contacto de un organismo que se disolvía y otro militarmente más vigoroso que nunca. Alejandro pasó con 35,000 hombres el Helesponto, que los persas cometieron la falta de no disputarle con su magnífica flota; celebró sacrificios en honor de Akiles, su modelo homérico, y pasó el Granikkos con temerario valor poniendo en fuga á los persas (334). Recorrió después victorioso el Asia Menor, recibió la sumisión de las provincias que formaban las antiguas satrapías, libertó del yugo persa á los ionios y luego se dirigió por los desfiladeros de Kilikia á Siria. Alejandro quería asegurar su base de operaciones en las costas del Mediterráneo y privar de todo refugio en Asia á la flota persa que podía atacar los puertos makedonios y sublevar la Grecia. Apenas hubo entrado en Siria el inmenso ejército de Darios, pretendió cortarle la retirada apoyándose en el Golfo de Issus y las faldas del Amanus; Alejandro volvió, y á pesar de lo doblado del terreno que desbarataba la formación de la falange, hizo pedazos á los mercenarios griegos y puso en fuga al rey que abandonó á su familia y un gigantesco botín en manos del vencedor. Alejandro trató con benignidad inusitada á la madre y la esposa del gran rey, pero á las proposiciones de paz de éste contestó: tu reino es mío, reconóceme como tu señor.—Siguió después la campaña de Fenicia, céle-

bre por la defensa de Tiro, que Alejandro castigó cruelmente, y la de Gaza, á cuyo defensor arrastró atado á su carro de victoria. Tal vez visitó á Jerusalem, luego penetró en Egipto que lo aclamó como su libertador, se hizo declarar, con mengua de la honra materna, hijo de Zeus Ammón, y ya cuando á los persas no quedaba un barco en el Mediterráneo y, según creía erróneamente, ni una esperanza de libertad á los griegos, volvió á Asia. Antes escogió en una boca del Nilo, entre una laguna y la isla de Faros, el lugar en que debía edificarse la Alejandría de Egipto, destinada á ser tan rica y tan grande.

Pasó el Eufrates y el Tigris, un poco abajo de las ruinas de Nínive y dió con el ejército persa, que según Arriano era de un millón de infantes y cuarenta mil caballos, en la gran llanura de Gogamela, cerca de Arbeles; Darios, vencido de nuevo, huyó llevando al vencedor en pos suya. Alejandro, que en materia religiosa se mostró siempre tolerante y, de acuerdo con la opinión helénica de que la divinidad era la misma en todas partes y sólo el culto variaba, había sacrificado en los altares de Yahveh, de Ftá y de Ammón, fué acogido con honores divinos en Babilonia que odiaba á los persas por impíos; es inverosímil la cantidad de riquezas que encontró allí y en Susa; luego se apoderó de Persépolis, la verdadera capital, en donde incendió el palacio real en una noche de orgía, y se adueñó en el tesoro privado de los akhemenides, de ciento veinte mil talentos (140 millones de pesos). Y continuó su marcha en pos de Darios que se había refugiado en Agbatana; el desgraciado rey no esperó á su infatigable perseguidor, quiso poner el desierto inmenso entre ambos y Alejandro lo siguió á través del desierto, casi solo; los compañeros de Darios lo mataron, para obsequiar al vencedor, que, al contrario, honró los restos del muerto y se declaró su heredero. El Asia anterior era suya, millones de hombres yacían ante el arrodillados, sólo un grupo de helenos permanecía en pie, dentro de su mismo ejército. Alejandro quería toda el Asia y era un soñador capaz de realizar sus gigantescos ensueños. Algunos de sus generales conspiraban; ahogó en sangre la conspiración y partió á conquistar el Asia Central; la recorrió en todas direcciones, desde el mar Caspio á las cuencas del Oxus y el Yaxartes, desde Samarcanda hasta Herat, salvando en medio de indecibles penalidades el Paropamisos y el Hendo-Koh, circunscribiendo, en suma, toda la altiplanicie del Irán, combatiendo, festejando, temerario como un hoplita, espléndido como un sultán, soberbio como un dios. Llegó á los umbrales de

la India, se alió á unos raijahs, combatió á otros, venció siempre, conquistó el Heptahendu (Penjab) y se dispuso para marchar á la cuenca del Ganges, el país sagrado y misterioso, el de las maravillas inimaginables; por el Ganges entraría al Océano, recorrería el S. de Arabia, de Lybia, volvería á Europa por el estrecho de Heraklés, sojuzgando á Kartago, á Italia y descansaría en su trono con el mundo helenizado á sus piés. Sus soldados no quisieron seguirlo; Alejandro lloró su inmenso ensueño y después de recorrer el Indo volvió á Babilonia. Cien proyectos hervían dentro de su cerebro y caldeaban su sangre. Un miasma palúdico lo mató el año de 323, a. E. V.

¿Era un demente? Se llamó dios; pero el mundo oriental sólo se dejaba conquistar por dioses. Mató á su mejor amigo en un raptó de embriaguez; pero lloró su culpa. Desconoció la dignidad helénica en los que no quisieron adorarlo, es cierto; su orgullo no conoció límites y en su alma el conflicto entre el rey heleno y el emperador persa era insoluble. ¿Era un aventurero teatral? ¿Por qué no limitó su ambición á libertar al Mediterráneo de los persas, á destruir Kartago, á auxiliar á su tío Alejandro en Italia, por qué no hizo una á la Grecia, ya que era un monarca? No podía dejar en pie el imperio persa; ahí estaba la inmensidad desconocida que lo fascinaba. ¿Era un grande hombre? El más grande entre los matadores de hombres. Sus conquistas quedaron sembradas de colonias helénicas ó Alejandrias; su designio fué convertir á Grecia en el mundo; este designio se realizó en parte; esto le deberá eternamente la civilización y el haber amado á Athenas. Plutarco que lo idealiza, dice: "Desoyó á Aristóteles que le aconsejaba tratar á los helenos como amigos y á los bárbaros como animales. Creyéndose enviado por la divinidad para unirlos á todos, mezcló en la copa de la amistad los hábitos, las costumbres, los matrimonios y las leyes y quiso que se considerase á todo hombre de bien como á un heleno, á todo malvado como un bárbaro."

BIBLIOGRAFÍA.—Arriano: Anabasis de Alejandro; Diódoro Sículo, XVII; Justino, XI y XII; Quinto Curcio: Hist. de Alejandro; Grote; Curtius (hasta Filipo) y Demóstenes). Droysen: el Hellenismo (trad. fr.) Duruy y obras citadas.

EL HELENISMO.

(Fines del Siglo IV á mediados del Siglo II, a. E. V.)

1. Los Diadokos.—2. Los Epigonos.—3. Las ligas helénicas y la conquista romana.
4. El Helenismo.

1. Los Diadokos ó sucesores inmediatos de Alejandro, fueron los jefes de su ejército; después de una riña sangrienta, cuando el héroe estaba aún tendido en su lecho de muerte, aquellos terribles ambiciosos se dividieron el imperio á manera de sátrapas; unos reconocían como rey al hermano de Alejandro, á Arrideo, un imbécil; otros al hijo de su mujer asiática, Rojana. La Regencia quedó encargada á Perdikkas y á Meleagros que quedaron al frente del ejército; Antipatros se reservó Makedonia y Grecia; Ptolemeos hijo de Lagos, Egipto; á Saleukkos tocó el mando de la caballería; Antigonos permaneció en su gobierno de Frigia; Eumenes, el inteligentísimo secretario de Alejandro obtuvo una parte del Asia Menor; el resto del imperio quedó dividido entre otros personajes importantes. Perdikkas quiso restablecer la unidad del imperio aconsejado por Eumenes; todos se ligaron contra él.—Ptolemeos venció á Perdikkas en Egipto, en donde el regente fué asesinado; Antigonos hizo morir á Eumenes. Una buena parte de los conmlitones de Alejandro había desaparecido en estas compaías (316). Este Antigonos, más ambicioso, cuanto más viejo, pretende realizar el programa de Perdikkas; entónces la coalición se rehace contra él y en la batalla de Ipsus en Frigia triunfa de Antigonos que pierde la vida (501). Tres episodios son dignos principalmente de mención en esta época llena de confusas peripecias. 1º La Guerra lamiaca: los atenienses recibieron con inmenso júbilo la noticia de la muerte de Alejandro; algunos la dudaban; “si fuese cierta, decía Démades, el mundo estaría lleno del olor de su cadáver.” Demóstenes é Hyperides, quisieron sublevar la Grecia entera contra Antipatros, el representante de Alejandro en Makedonia; al fin estalló la guerra y el makedonio tuvo que encerrarse, vencido, en Lamia (que dió su nombre á la guerra). Pero luego, vencedor en Kranon, impuso á Athenas condiciones durísimas y suprimió la democracia; Demóstenes se envenenó para no caer en su poder. 2º Demetrios, hijo de Antigonos, y llamado Poliorketes (tomador de ciudades) es, después de Alkibiades, el más amable aventurero que la Grecia ha-

ya producido. Su pasión por Athenas fué famosa; Athenas, que durante una reacción democrática había hecho beber la cicuta al anciano Fokión, le levantó altares y lo declaró hijo de Athená. Cuando murió su padre en Ipsos, Demetrio fué desconocido por los atenienses; mas luego se apoderó de la ciudad, los perdonó y llegó á ser rey de Makedonia, de donde tuvo que huir. 3º La extinción de la familia de Alejandro: Olympias, la madre feroz del conquistador; hizo perecer al rey Arrideo; Kassandros, el hijo de Antipatros, sitió en Pydna y se apoderó de aquella leona, que fué estrangulada; Rojana y su hijo murieron en su prisión. Entónces los que quedaban de los inmediatos sucesores de Alejandro tomaron el título de reyes y, en lugar de las efigies de los dioses, grabaron las suyas en las monedas.

2. El imperio quedó dividido entre Ptolemeos Lagos, fundador de la dinastía de los *lágidas* en Egipto; Saleukkos, fundador de la de los *seleucidas* en el Asia anterior, y más tarde Antigonos, nieto del vencido de Ipsos é hijo de Demetrios que estableció su dinastía en Makedonia; los hijos de los compañeros de Alejandro se llaman los *Epigonos*. Los tres primeros lágidas (306–221) fueron grandes príncipes; supieron identificarse con los egipcios adoptando su religión, su escritura y su aspecto é hicieron de Alejandría la capital del helenismo y el centro mercantil del mundo; lo primero erigiendo inmensos edificios, en donde, en bibliotecas colosales, museos y laboratorios encontraron instrumentos de trabajo todos los sabios; estos edificios agrupados constituían una verdadera universidad que, dedicada á las musas, se llamaba *Museión* (Museo); lo segundo, construyendo el magnífico puerto de Alejandría y ligándolo con el Nilo y el mar Rojo, por tal modo, que se encontró en el punto de intersección de Africa, Asia y Europa; así hizo de su mercado el primero de la tierra. Los últimos lágidas se dejaron gobernar por sus favoritos y sus eunucos y, puros déspotas orientales, fueron juguete de los mercenarios. Los romanos intervinieron en Egipto como protectores y tutores de los Faraones; Kleopatra, hermana y mujer del último de ellos, para mantenerse en el trono fué la manceba de Julio César y luego de Marco-Antonio. El resultado de la lucha entre éste y su rival Octavio, al morir la república, fué el suicidio de Kleopatra y la reducción de Egipto á provincia romana.—Los seleucidas tuvieron dos capitales, Antioquia, sobre el Mediterráneo, y Seleukia, cerca de Babilonia, en Kaldea. Dos de ellos, á un siglo de distancia, pensaron rehacer el imperio asiático y, como Alejandro, re-

corrieron el Irán y penetraron en la India; pero al cabo tuvieron que reconcentrarse en Siria. Los Partos, tribus nómades de la cuenca del Oxus, se fijaron á orillas del Tigris; en el Asia Menor se establecieron algunos pequeños reinos, como el de Pérgamo; en el centro de la península se fijó un grupo de invasores celtas, los *gálatas*; los judíos lograron establecer un reino independiente en Palestina, bajo la dinastía nacional de los ashmoneos. Todo cayó en poder de los romanos, en el último siglo anterior á J. C., con excepción de los indómitos partos.—Makedonia, á la desaparición de la familia real y de los regentes, había sido presa de los aventureros Demetrios Poliorketes y Pyrro de Epiro. Por fin Antigonos de Goni, logró fundar en ella su dinastía, que siempre tendió á dominar en Grecia; esta dinastía desapareció con la conquista romana en 168.

3. Tesalia y una parte del Atika habían quedado en poder de los makedonios; los atenienses llevaban una vida más regalada que antaño y seguían siendo los árbitros en materias de inteligencia y arte; los beocios, según se cuenta, sólo vivían en la pereza y el placer.—Una liga se había formado al O. de la Hélada, la de los etolios, pueblo semi-bárbaro, es decir, sin ciudades, en el sentido que los helenos daban á esta palabra; era una federación con el objeto de explotar las riquezas de Grecia por medio de las armas. En el Peloponeso se formó la federación ó liga Aquea y Esparta conservaba su libertad; ambas potencias lucharon por la dominación en la península. Esparta tuvo por esta época dos reyes que se esforzaron en restablecer la constitución de Lykurgo: Agis, á quien los oligarcas y las mujeres, que eran las más ricas propietarias del país, hicieron asesinar, y Kleomenes. Este interesantísimo personaje estuvo á punto de sobreponerse á la liga aquea en el exterior y de reconstituir á Esparta en el interior; era un discípulo de la filosofía del Pórtico (estoica de *stoas* pórtico en que enseñaba Zenon) y por tanto tenía la devoción del deber. Los aqueos llamaron en su auxilio á los makedonios y el rey Kleomenes fué vencido en Selasia (121). El vencedor Antigonos Dosón quiso organizar á Grecia y Makedonia en una sola federación ó *symmakhía*; pero no lo logró y su hijo descuidó este gran proyecto que hubiera hecho imposible quizás la conquista romana. Este hijo era Filipos V y durante su reinado fué el tremendo duelo entre Hanníbal y Roma (segunda guerra púnica) Filipos pudo y debió ayudarlo; vaciló, y los romanos vencedores al fin fueron á castigarlo á Makedonia, porque, decían,

atentaba á la libertad de los helenos; en realidad para impedir su engrandecimiento en Oriente. Vencido Filipos, se sometió á un pacto humillante, mientras los romanos proclamaban en los juegos ístmicos la libertad de las ciudades griegas. Si los griegos se hubiesen unido entonces, aún podían haber conjurado el peligro; su espíritu militar, lejos de estar en decadencia, florecía más que nunca; la Grecia era un campamento; tenían un jefe, producto genuino de aquella época, que era un héroe: Filopemen. Pero Esparta agonizaba bajo la mano de fierro de sus tiranos y cuando éstos desaparecieron los romanos impedían la unión por sus intrigas. Muerto Filopemen, que bebió la cicuta en un calabozo de Mesenia y en quien la Grecia entera honró al último de sus hijos, triunfantes los romanos de los etolios y del rey Antiochos III en Asia, los akeos y los makedonios se iban debilitando más y más. Perseo, sucesor de Filipos, prefirió la guerra á esta lenta agonía y fué vencido en Pydna (168). Makedonia se llamó poco después la provincia de Macedonia.—Privados los aqueos de sus hombres más conspicuos (deportados á Italia, entre ellos el historiador Polybio) consumían toda la vitalidad de la liga en reyertas con Esparta protegida por Roma. Esta resolvió desorganizar la liga; de aquí una sublevación que terminó con el desastre de Leukopetra. Korinto, ocupado, saqueado, incendiado y arrasado por los romanos fué la gran víctima de la lucha (146). Grecia se llamó desde entonces *provincia de Acaia*. Los romanos volvieron á la que ya podía llamarse capital del orbe llevando en triunfo reyes, obras de arte y helenos cautivos; con ellos también entraba en triunfo la cultura helénica que había de hacer de Roma un agente de su vulgarización y difusión por el mundo.

4. Este período de difusión del alma helénica puede llamarse *el Helenismo*. Pero, siguiendo al eminente profesor Droysén, concretamos esta denominación á la época que corre entre el advenimiento de Makedonia al primer término de la historia y la conquista romana. Antes de ella, la historia es de los helenos; después, el helenismo se transforma en la cultura greco-latina. Durante el período del helenismo, se verifican dos fenómenos capitales: la penetración de la cultura oriental y de la helénica; la constitución de la ciencia. Respecto del primer hecho, el imperio de los *lágidas* representa un papel tan importante como el de los *seleucidas*. En Alejandría se mezclaron egipcios, judíos y helenos, como en las capitales del imperio seleukida, Antiokía y Seleukia; se derramaron en aquella los elementos sirios y en ésta los kaldeos y persas; mitos religiosos, constumbres, artes é industrias helénicas se transformaron con este contacto; la India también penetró en la jurisdicción de

espíritu helénico; las rutas mercantiles vinieron al Mediterráneo del extremo Oriente y el idioma y el espíritu griego, en cambio, conquistaron toda la comarca que se extiende entre el Ponto Euxeino, el mar Interior y el Eufrates. Pero en cuanto atañe al desenvolvimiento científico, este último y supremo resplandor del genio heleno, Alejandría es el verdadero organismo de concentración y dispersión de las ideas.—En derredor del sepulcro de Alejandro se había levantado aquella maravillosa ciudad, inmensa por su extensión y población, incomparable por su papel mercantil. En contacto con los alcázares de los Ptolomeos estaban los vastos y suntuosos edificios que constituían el Museo; bibliotecas que encerraban, en copias y en originales, seiscientos mil obras en rollos de papiro, depositados en el Museo y en el Serapeón; observatorios surtidos de esferas armilares, astrolabios, klépsidras, tubos de observación sideral; gabinetes y jardines provistos de colecciones copiosas de plantas y animales; laboratorios en que los fundadores de la *Alquimia* buscaban para el faraón el elixir de la vida; anfiteatros en que se estudiaba el cuerpo en el cadáver y las vivisecciones se practicaban en los condenados. Catorce mil estudiantes llegaron á reunirse en esta primera *Universidad* en derredor de los mejores profesores de la tierra. Podemos, pues, dividir así la obra de Alejandría: 1.º Concentración de los conocimientos adquiridos. 2.º Coordinación y desenvolvimiento de esos conocimientos. 3.º Su propagación. 1.º Cuanto libro escrito existía, en original ó en copia, era llevado á la Biblioteca. Para ella se escribieron libros de primera importancia, como la historia de Egipto (perdida), de Manethón; se tradujeron otros como los libros sagrados hebreos (traducción de los setenta). La Biblioteca tenía un número extraordinario de empleados; ellos fijaron los textos definitivos de las obras de la literatura griega y los ilustraron con *escolios* ó comentarios; de este trabajo se infirieron las reglas de bien hablar, y la literatura helénica entró en su período gramatical y retórico. Muchos poetas abrigó la biblioteca del Museo; todos hicieron versos excelentes, pero eran versos de gramáticos, no de poetas; sin embargo, un siciliano brilló entre ellos; era un inspirado: Teókrito, que en aquella edad de refinadísima cultura quiso resucitar la agreste, salubre y espontánea poesía de la edad en que los griegos eran pastores; el intento era vano; pero los ensayos del gran bucolista fueron admirables.

2.º Para coordinar y desenvolver esos conocimientos, se necesitaba un sistema; Aristóteles lo había formulado: considerar la naturaleza entera como un todo sometido á leyes fijas, inquebrantable base de la ciencia; tener como la principal de estas leyes la de *continuidad*, pues todo va de lo inferior á lo superior (concepto de la Evolución); comprobación á posteriori de estas verdades por medio de la investigación, pasando de lo particular á lo general, de lo contingente á lo necesario (concepto de la Inducción).—Aristóteles, discípulo de Platón, de un genio más vasto y más profundo, si no más elevado y poético, que su maestro, poseía un saber enciclopédico, que aún hoy admira; escribió sobre todo y en todo dejó huellas hondísimas, á pesar de sus errores.

Fué el verdadero legislador de la ciencia antigua y es para la moderna no sólo un antepasado, sino un maestro.—El gran filósofo practicó, aunque imperfectamente, la inducción; pero además concibió en la ciencia una parte independiente de su contenido, del que abstraigo la forma solamente; es decir, la condición de la ciencia, las leyes á que está sometido el raciocinio. Estas leyes propias de la forma constituyen *la lógica*; ellas nos enseñan cómo deberíamos pensar para encontrar en lo contingente lo necesario; el tipo inventado por Aristóteles fué el silogismo (dada una cosa otra se infiere necesariamente) forma de la deducción. En la escuela de Alejandría tuvo la deducción su aplicación más legítima en la obra matemática de *Euklides*, los Elementos de Geometría, modelo de precisión demostrativa; *Arquímedes*, que tiene un nombre más popular todavía, en sus estudios matemáticos llevó el cálculo al último límite á donde podía llegar sin el auxilio del álgebra; *Apolonios* le sucede y en sus tratados geométricos rivalizan sus métodos con los de Euklides; *Hipparkos* también contribuyó á la constitución de la matemática con sus reglas para la resolución de los triángulos. En la *Astronomía* se distinguieron los alejandrinos durante siglos; á ellos fué dado coordinar los conocimientos empíricos de los orientales, de los Kaldeos, sobre todo; dos nombres dominan la historia de la astronomía en la antigüedad, el de Hipparkos, que descubrió la precesión de los equinoccios y que vivió en el segundo tercio del Siglo II, a. E. V. y el de *Ptolomeos* (138 d. J. C.) que en su *Almagesto* ó Sintaxis del Universo, funda y demuestra el falso sistema geocéntrico, contra algunos filósofos antiguos, v. g., Pytágoras, que sostuvieron el heliocéntrico; pero al lado de este error contiene datos secundarios importantísimos y el descubrimiento de la *evolución* ó segunda desigualdad de la luna; el sistema de Ptolomeo reinó durante toda la Edad-media. La *Geografía* conocía ya entonces la esfericidad de la Tierra y establecía claras nociones sobre los polos, el eje terrestre, los círculos polares y tropicales, el ecuatorial, los coluros, etc. La *selenografía*, fases, eclipses (no su causa, pero sí su periodicidad) era también objeto de estudios. La *Física* (que nosotros llamamos) contaba, entre otros innumerables, con los descubrimientos sobre el equilibrio de los cuerpos flotantes de Arquímedes y la teoría mecánica de la palanca, y los del tornillo sin fin y los espejos ustorios. En los gabinetes de la Universidad funcionaban los relojes de agua de Ktesibios y Apolonios, las máquinas de fuego del primero y la de vapor de Hierón. La *Cronología* y la *Historia* fueron organizadas por *Eratóstenes* y cuando Julio César quiso corregir el calendario romano, recurrió á un cronologista matemático de Alejandría.—Nó, los alejandrinos no llegaron á constituir más ciencia que la matemática; pero en Astronomía y en Física, si no encontraron ni la ley fundamental, ni el método (que es lo que se llama constituir una ciencia) sí abrieron los caminos; nadie los siguió; los romanos nada hicieron después de ellos; los árabes aplicaron la ciencia helena á la industria y los europeos en la Edad Media vivieron de la enseñanza árabe en materia científica. Cuando sonó la hora de la emancipación del

espíritu en el Renacimiento, el progreso científico partió del punto en que Ptolomeo y Arquímedes lo habían dejado. 3.º La difusión se verificó por medio de la enseñanza y de los libros.

Esta es en resúmen la obra del Helenismo. Mas no se crea que por buscar lo verdadero los griegos olvidaron su divino instinto de la belleza; por esta misma época, á su fin, el arte produjo en Pergamo, la admirable *gigantomaquia* (bajo relieve de un monumento conmemorativo); el grupo doloroso de *Laokoón* y, según algunos, la soberana *Vénus de Milo* y el *Gladiador Borghese*, otra estatua incomparable, pertenecen á las escuelas iónicas de ese tiempo. El alma de Grecia no había muerto ¿Podía morir? La historia posterior de la civilización la proclama inmortal.

BIBLIOGRAFÍA.—Droysen, op. cit. L. Menard, Hist. des Grecs.; Duruy, op. cit. 3.º vol. Draper, Développement intellectuel de l'Europe.

Observaciones generales.

1. La posición geográfica de Grecia entre el Oriente llegado á la madurez de una civilización y el inculto Occidente, determinó su papel de intermediaria entre un pasado y un porvenir. 2. Este mundo intermediario abarcó la Grecia propia, las islas del Egeo y las costas del Asia Menor; físicamente estaba admirablemente constituido para su objeto, el mar lo penetraba y lo articulaba como el más delicado organismo; la sucesión de valles aislados que distinguen su conformación interior, obligaba á la variedad, á la multiplicidad de ideales y tendencias secundarias, á la actividad interior y exterior á la población que allí se alojara. 3. Esta población tenía con diferencia de grados tres grandes facultades: 1.ª La de asimilación, por eso se apropió todos los elementos vitales de la cultura oriental. 2.ª La de transformación ó creación, por eso creó con caracteres absolutamente originales una literatura, un arte, una filosofía y una ciencia. 3.ª La de difusión, por eso impregnó de su espíritu á todas las poblaciones circunmediterráneas. 4. Como sobre estas facultades dominaba el instinto de la proporción y la armonía, toda la obra de los helenos resultaba más humana; así es que se ha convertido en civilización humana. 5. La Grecia antigua inventó el organismo político llamado *ciudad*, hijo del orden y la libertad. Esto la distingue esencialmente de los pueblos

bárbaros. 6. La conformación física de Grecia, que tanto contribuyó á la variedad, fomentó y mantuvo la división y aun la discordia. En la primera invasión logró sobreponerse, gracias á Athenas, á esta fuerza que diferenciaba sin integrar, y venció al Oriente. En la segunda, debilitada Athenas, no pudo realizar la unión y Makedonia triunfó. Algo habría podido salvar de la tercera invasión, pero las mismas causas produjeron peores efectos que en la segunda y Grecia quedó transformada en provincia de Roma. 7. Pero si Grecia dependió políticamente de Roma, ésta dependió intelectualmente de la primera, de cuya cultura fué universal agente.

LOS ROMANOS.¹

Subdivisiones:—I. Italia.—II. La monarquía primitiva.—III. El Consulado ó República.—IV. El Imperio.

ITALIA.

1. El país.—2. La población primitiva.—3. Etruscos y Griegos.
4. Itálotas.—5. Roma.

1. Los pueblos blondos, que soñando con el risueño cielo de Italia, han subido á *grandes gritos*, como dice Michelet, las pendientes amplias que tienden los Alpes á las invasiones y se han asomado por sus cimas y ventisqueros cubiertos de hielo, han vislumbrado, al pie del abrupto descenso los lagos azules, el opulento valle del Po que arrastra lentamente sus aluviones hasta el casi cerrado Adriático. Del extremo occidental del arco alpino parte rodeando el litoral de Liguria la cadena doble de los Apeninos que sirve de eje á la península y se hunde en el Mediterráneo en dirección de Grecia y de Africa, bifurcándose en su extremo para dejar penetrar el Golfo de Tarento Al E. de los Apeninos el territorio es quebrado y difícil, inhospitalario el litoral; al O. se extienden, montuosas también, pero amplias y

¹ Tercera división de la Historia de la Antigüedad.